

Lectura e identidad de género.

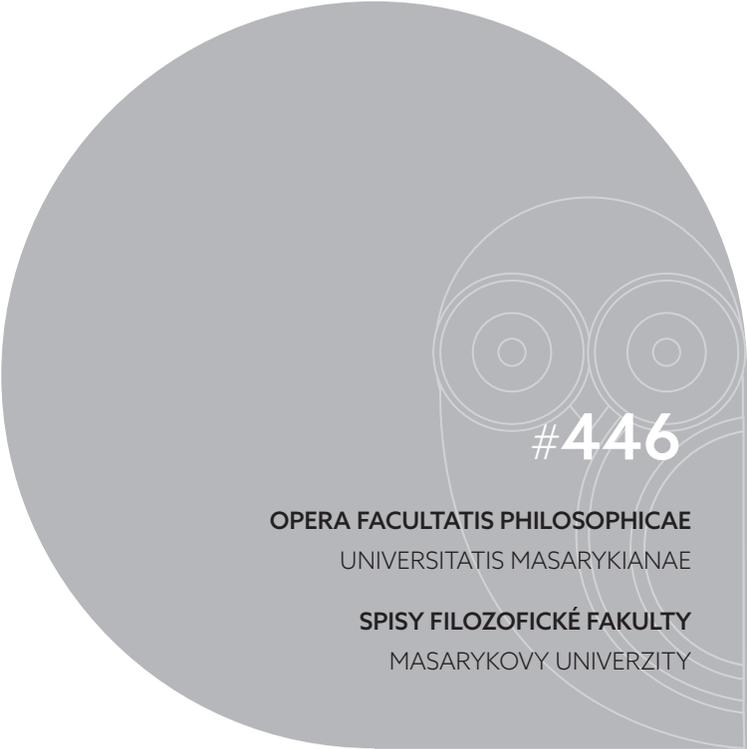
La imagen de la mujer lectora en
la novela realista y naturalista española

Pedro García Suárez



FILOZOFICKÁ FAKULTA
MASARYKOVA UNIVERZITA

#446



#446

OPERA FACULTATIS PHILOSOPHICAE
UNIVERSITATIS MASARYKIANAE

SPISY FILOZOFICKÉ FAKULTY
MASARYKOVY UNIVERZITY

muni
PRESS



Lectura e identidad de género.

La imagen de la mujer lectora en
la novela realista y naturalista española

Pedro García Suárez



FILOZOFICKÁ FAKULTA
MASARYKOVA UNIVERZITA

#446

BRNO 2016

KATALOGIZACE V KNIZE – NÁRODNÍ KNIHOVNA ČR

García Suárez, Pedro

Lectura e identidad de género : la imagen de la mujer lectora en la novela realista y naturalista española / Pedro García Suárez. – Brno : Filozofická fakulta, Masarykova univerzita, 2016.

– 128 stran. – (Spisy Filozofické fakulty Masarykovy univerzity, ISSN 1211-3034 ; 446)

ISBN 978-80-210-8297-7

821.134.2.31 * 82.02"1850/19.." * 82.02"1880/1918" * 82-052 * 316.346.2-055.2 * 028-055.2 * 316.66-055.1/.3 * 82.07 * (460)

- španělský román – 19. století
- realismus (literatura) – Španělsko
- naturalismus (literatura) – Španělsko
- literární postavy
- ženy
- čtenářky
- gender
- interpretace a přijetí literárního díla
- monografie
- Spanish fiction – 19th century
- realism (literature) – Spain
- naturalism (literature) – Spain
- literary characters
- women
- women librarian readers
- gender
- interpretation and reception of literature
- monographs

821.134.2.09 - Španělská literatura, španělsky psaná (o ní) [11]

860.9 - Spanish literature (on) [11]

Reseñado por: María Aboal López (Universidad Internacional de La Rioja)

Daniel Muñoz Sempere (King's College London)

© 2016 Masarykova univerzita

ISBN 978-80-210-8724-8 (online : pdf)

ISBN 978-80-210-8297-7 (paperback)

ISSN 1211-3034

DOI: 10.5817/

CZ.MUNI.M210-8297-2016

Índice

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1. LA REVOLUCIÓN LECTORA	13
1.1. El desarrollo de un nuevo hábito	13
1.2. El tiempo	16
1.3. La poética de los espacios	17
1.4. ¿Cómo lee la lectora?	21
1.4.1 Lectura instrospectiva	22
1.4.2 Lectura emancipada	24
1.4.3 Lectura evasiva	28
1.5. Accesibilidad y mediación	31
1.6. Sobre la iniciación a la lectura	32
1.7. Conclusiones	41
CAPÍTULO 2. LECTURAS INTELECTUALES O ASBTRACTAS	43
2.1. La censura sobre la intelectualidad femenina	43
2.2. Pretensiones lectoras respecto a un texto intelectual	46
2.3. La aplicación sus facultes intelectuales en el ámbito laboral	53
2.4. Conclusiones	55
CAPÍTULO 3. TEXTOS FICCIONALES	59
3.1. ¿Por qué la ficción?	59
3.2. Introspección y ficción	64
3.3. Allanamiento de lo masculino y lectura emancipada	68
3.4. Evasión lectora	76
3.5. Conclusiones	87
CAPÍTULO 4. LA LECTURA RELIGIOSA	91
4.1. Introducción	91
4.2. La exploración a través del texto religioso	95
4.3. Formas censurables de acercamiento a un texto religioso	109
4.4. Simplificación lectora	110
4.5. Conclusiones	111
REFLEXIÓN FINAL	113
BIBLIOGRAFÍA	119
ABSTRACT.....	127

INTRODUCCIÓN

De este modo, las protagonistas de la novela realista se contemplan a sí mismas con talante indagador, intentando desesperadamente dar respuesta a la misma pregunta: ¿quién soy?, ¿qué significa ser mujer?, ¿cuál es mi auténtico yo?, ¿quién se esconde tras la imagen que los demás tienen de mí? Sin embargo, una y otra vez estas heroínas chocan con las realidades que los demás, incluidos los escritores, les imponen desde diferentes ángulos (medicina, religión, arte...).

(López Aboal, 2012: 81)

La presente investigación nace con el propósito de realizar una revisión de un fenómeno ya estudiado por la crítica literaria: la imagen de la mujer lectora en la novela realista-naturalista española. Esta monografía obedece a una necesidad de estudiar esta figura desde nuevas perspectivas teóricas que revelen la complejidad que encierra este imaginario, realizando una lectura transversal de la heroína.

Si bien existen numerosos trabajos sobre el tema, apenas ninguno ha llevado a cabo un análisis en profundidad de este personaje que vaya más allá de la perspectiva de los autores que lo construyen. En 1985 el estudio publicado por O'Connor "La mujer lectora y protagonista de la novela española del 1870" (1985) se centra en la "función propagandística" (87) de esta figura, a la que atribuye "el papel pasivo de lectora" (83). Con distinta orientación, en 1989 encontramos la tesis doctoral de Jean Marie Pederson "«La Regenta» de Clarín: autorío masculino y lectura femenina", en la que la autora comprende la faceta lectora del personaje clariniano como un medio de autointegración del modelo normativo: "la lectora femenina [...] ha aprendido a asimilar el punto de vista dominante y de verse a sí misma como el hombre la ve" (1989: 212). Diez años más tarde, en uno de los pocos artículos sobre el tema que se distancian de la autoría pero que, a pesar de ello, no se ciñe ni a la literatura española ni al marco temporal

Introducción

propuesto –“Buenos libros, malas lectoras. La enfermedad moral de las mujeres en las novelas del siglo XIX” (1995)–, Nora Catelli pone de manifiesto la existencia de un campo importante para la comprensión de la dimensión lectora de la heroínas en la manera en que estas afrontan el texto. De este modo, concluye que las mujeres lectoras, a lo largo de todo el siglo XIX, “convierten la gran literatura y el gran pensamiento en una extensión de su privacidad y de su privación” (127). En 2000 Acevedo-Loubriel realiza su tesis doctoral “Representaciones ambiguas: la lectora en la narrativa de Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas y Emilia Pardo Bazán” (2000) con el objetivo de estudiar la finalidad con que los autores recurren en sus obras a esta imagen, llegando a extraer que “el personaje de la lectora les sirve como una estrategia en la transmisión de sus ideologías” (248). Esta tesis nos aporta un interesante punto de inicio al llegar a la conclusión de que la lectura libre y no supervisada “que pueda leer la mujer no necesariamente lleva a la inmoralidad y la pérdida de ésta”, sino que, al mismo tiempo, “puede mostrar caminos diferentes como la reflexión, la interpretación propia, la posibilidad de adquirir una visión diferente a la patriarcal” y, por añadidura, “el cuestionamiento de los valores hegemónicos” (5). En esta misma línea, dos años más tarde, Rebeca Sanmartín y Dolores Bastida –“La imagen de la mujer lectora en la segunda mitad del siglo XIX: La Ilustración Española y América y el Harper’s Weekly” (2002)– realizan un recorrido a través de la imagen de la lectora en la segunda mitad del siglo XIX en la literatura y el arte. Además de centrarse en la importancia que ostenta como herramienta performativa “la lectura en silencio”, ponen el énfasis en la heroína misma y en su rol activo para “la construcción de la identidad femenina” (129). Por lo tanto, no resulta sorprendente que, en “Lectoras en la obra de Pardo Bazán” (2005), Patiño Eirín, aunque ajustándose a la narrativa de la escritora y focalizando en el propósito con que la autora utiliza a este tipo de personaje, recaiga en la misma percepción de la lectura como forma de construcción identitaria: “Abundan los personajes femeninos que leen y en el acto de leer construyen una identidad que no siempre es escamoteada por la instancia narrativa” (293). Asimismo, Behiels, en “Las lectoras en los cuentos de Clarín. La lectura como instrumento de conocimiento de sí misma” (2005) percibe que “la lectura deja de ser un mero pasatiempo y desempeña un papel vital en la toma de conciencia y la actuación de los personajes femeninos” (43). Esa identidad que puede surgir de la relación exclusiva entre libro y lectora es entendida por Amelina Correa en su artículo académico “El siglo de las lectoras” (2006) como “una personalidad sustancialmente modelada por la lectura” (29). Por esta razón, la investigadora se afana en descubrir las circunstancias que permitieron la aparición de esta figura tan reiterada en la literatura a lo largo de todo el siglo para poder llegar a discernir la forma en que se va a comprender la nueva conexión que surge entre el ejercicio lector y la mujer: “hasta bien avanzado el siglo XX se mantendrá esa visión limitadora y sojuzgadora, y derivada de ésta, la posibilidad del libre acceso

a [...] la literatura” (38). También con el mismo objetivo de “ofrecer la imagen que sus contemporáneos dieron de ella”, Jiménez Morales –“Antifemenismo y sátira en la lectora española del siglo XIX” (2008)– se detiene en el “análisis de la mujer que leía libros en la ficción literaria” (115). A este respecto, Servén Díez profesa la misma intención en “Mujer y novela: prescripciones sociales en la España de la Restauración” (2005), pero centrándose únicamente en la novela y ciñéndose al margen temporal propuesto en el título: “El propósito del presente trabajo consiste en determinar alguna de las prescripciones sociales que se proyectan sobre las mujeres lectora de novelas” (334). En otra dirección, Tsuchiya resulta más específico en “Deseo y desviación sexual en la nueva sociedad de consumo: la lectura femenina en La Tribuna de Emilia Pardo Bazán” (2008) y, abriendo una nueva posibilidad de investigación sobre esta figura, se detiene en “indagar el significado entre lectura y desviación sexual” (140), estudiando el personaje de Amparo en *La Tribuna* de Pardo Bazán¹.

Partiendo de esta bibliografía, nos proponemos realizar una investigación que complete el estudio del complejo entramado que subyace bajo la reiterativa presencia de la mujer lectora como personaje en la novela realista y naturalista española. Para ello, hemos cambiado el foco, situándolo directamente en la heroína y en su habilidad para superar el discurso normativo, observando, de esta manera, su capacidad de acción sobre el género a través del ejercicio lector. Asimismo, no solo pretendemos profundizar en la idea que investigadores como Sanmartín y Bastida, Behiels o Correa apuntan, sino que queremos desentrañar el modo en que lo hacen, el contenido de la reconfiguración y, al mismo tiempo, las particularidades que ofrece el realizarlo a través de la lectura.

Para lograr este objetivo, hemos escogido como referencia las obras de tres grandes novelistas de la época de la tendencia realista-naturalista: Leopoldo Alas Clarín, Benito Pérez Galdós y Emilia Pardo Bazán. La razón de escoger un corpus tan amplio radica en la necesidad de obtener un muestrario lo suficientemente extenso que permita descifrar la multiplicidad de formas de interacción con el libro que profesa el personaje de la lectora. Apuntado esto, hemos seleccionado las siguientes obras:

De Clarín escogemos una de las novelas más afamadas en la historia de la literatura española: *La Regenta* (1884-1885). En ella, realizamos un análisis exhaustivo de la que, quizá, sea la lectora más compleja a la que nos enfrentamos: Ana Ozores.

Entre la obra galdosiana, hemos seleccionado un gran número de novelas ya que, como observaremos, el autor nos ofrece una gran variedad de representaciones diferentes de la mujer lectora. Proponemos para su estudio: *Rosalía*, *Gloria*

1 Además de los estudios expuestos, existen otros con un objeto de estudio más amplio o diferente pero que, sin embargo, hacen referencia a esta figura. Serán tratados a lo largo de esta investigación.

Introducción

(1876-1877), *La familia de León Roch* (1878), *La desheredada* (1881), *El amigo manso* (1882), *Lo prohibido* (1884-1885) y *Tristana* (1892)².

Por otro lado, Pardo Bazán nos presenta a una heroína lectora reivindicativa, con carácter y que, generalmente, se opone a la representaciones más generalizadas de los autores masculinos. Por esta razón, escogemos: *Aficiones Peligrosas*, *El Cisne de Vilamorta* (1885), *La Tribuna* (1883), *Doña Milagros* (1894), *Memorias de un solterón* (1896) y *Dulce Dueño* (1911)³.

En torno a nuestra elección debemos apuntar que, entre el gran número de heroínas que encontramos, hemos dividido nuestra atención en dos grupos diferenciados. Por un lado, hemos optado por crear un núcleo principal de heroínas que, dada la gran cantidad de información que se nos ofrece acerca de su faceta lectora, podemos analizar en su totalidad. Por otro, seleccionamos una gran variedad de personajes que, aunque no sean tan completos en cuanto a su relación con la lectura, nos aportan información sobre diversos aspectos.

Estos quedan divididos en función de la disposición con que afrontan el texto, siendo este criterio uno de los pilares en que se sustenta la presente investigación. Consideramos que, para poder entender la forma en que el libro actúa sobre la identidad del personaje, es imprescindible comprender la manera en que aborda sus lecturas. De esta manera, podremos entender toda la complejidad que se esconde bajo la nueva forma de lectura en silencio y sin más actores que el sujeto y el libro, que se impone desde finales del siglo XVIII⁴. Como el tratamiento de la disposición será abordado a lo largo de todo el estudio, baste apuntar que percibimos tres maneras fundamentales de actuación frente al libro: *lectura indagatoria* –en la que prima una búsqueda interna de la identidad–, *lectura emancipada* –predomina un asalto al contenido reservado para la categoría de lo masculino–, y *lectura evasiva* –la que comprende el ejercicio lector como una válvula de escape a una situación insatisfactoria–. Esta clasificación es propuesta como herramienta de análisis, no como estructura categórica y cerrada, ya que las fronteras son ambiguas y difusas.

Apuntado esto, el núcleo principal de heroínas queda compuesto de la siguiente manera⁵:

2 *Rosalía* aparece sin fecha, dado que es una obra inédita descubierta por Alan Smith en 1979.

3 *Aficiones Peligrosas* es una obra inédita que la autora escribió a los trece años y que ha sido publicada íntegramente en 2012.

4 Al mismo tiempo, mediante el personaje de Amparo en *La Tribuna*, podremos analizar las formas más tradicionales de lectura grupal y en voz en alta como medio de remodelación de identidad que aún perduran en la época tratada.

5 Para entender la transgresión en que incurrían estos tres tipos lectoras, hemos decidido analizar a una *lectora modelo* en contraposición al resto, que nos presente cuáles son las características ideales que este personaje debía tener según la sociedad patriarcal. Este personaje es Irene, protagonista de *El amigo Manso*. Asimismo, escogemos a alguna lectora ideal más, aunque de manera secundaria, ya que ninguna es desarrollada tan en profundidad como el personaje galdosiano.

Lectoras *instrospectivas*:

- Ana Ozores (*La Regenta*)
- Lina (*Dulce Dueño*)
- María Egipcíaca (*La familia de León Roch*)

Lectoras *emancipadas*:

- Tristana (*Tristana*)
- Gloria (*Gloria*)
- Amparo (*La Tribuna*)
- Fe Neira (*Doña Milagros y Memorias de un solterón*)

Lectoras *evasivas*:

- Isidora Rufete (*La desheredada*)
- Charo (*Rosalía*)
- Armanda (*Aficiones Peligrosas*)
- Leocadia Otero (*El Cisne de Vilamorta*)

En torno a ellas, se analizan muchos otros personajes pero que, dada la falta de desarrollo como lectoras, no nos permiten un análisis completo. No obstante, nos aportan información relevante sobre aspectos concretos que permite ahondar en el estudio de esta figura.

Expuesto el corpus, debemos apuntar que este énfasis en la heroína misma supone la presunción del personaje como sujeto lector activo, y no como mero receptor pasivo de un mensaje emitido. A este respecto, hemos ahondado en diferentes teorías sobre la recepción de la lectura (por ejemplo, la obra de Wolfgang Iser *El acto de leer: teoría del efecto estético*) con el propósito de comprender los mecanismos que se revelan en estas obras. En esta línea, resulta igualmente importante añadir que hemos abordado el objeto de estudio a través de diversos marcos teóricos creando, de esta manera, un estudio interdisciplinar. Desde las diversas teorías post-feministas (Judith Butler –*El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*– o Judith Fetterley –*The resisting reader: a feminist approach to american fiction*–) hasta los análisis foucaultianos (desde *Vigilar y castigar* hasta la reputada *Historia de la sexualidad*) –pasando por la historia (Michelle Perrot –“Historia, género y vida privada” –), la comunicación (Gonzalo Abril –*Teoría general de la información: datos, relatos, ritos*– o Tania Modleski –*Loving with a vengeance: mass-produced fantasies for women*–) y la crítica literaria (Iris M. Zavala –*Breve historia feminista de la literatura española*–), nos hemos servido de tantas herramientas conceptuales como ha sido necesario para poder emprender este análisis en su totalidad, considerando el texto como clave fundamental. Asimismo, no hemos prescindido de las investigaciones realizadas en torno al movimiento literario seleccionado y al contexto sociocultural de la época, tales como las aportaciones

Introducción

de Alicia G. Andreu (*Galdós y la literatura popular*) o German Gullón (“Visión y lectura en La Regenta”), entre muchos otros.

Para abordar este objetivo, la presente investigación se ha estructurado en cuatro partes bien diferenciadas que desarrollamos a continuación. A ello se le suma una introducción y unas consideraciones finales, que abordan a la mujer lectora inserta en la ficción desde diferentes aspectos temáticos.

Bajo el nombre de “La revolución lectora” realizamos un estudio acerca de las marcas que constituyen el nuevo hábito silencioso e individual, incidiendo en la razón por la que el ejercicio lector se presenta como una herramienta performativa, capaz de reconfigurar los contenidos insertos en las categorías establecidas de género. Asimismo, presentamos y analizamos la clasificación de los modos lectores que establecemos, sirviendo esta diferenciación para observar las diferentes vías representadas por las que el personaje se imbuje en la nueva conexión entre sujeto y lectura y, por lo tanto, exponiendo de qué manera utiliza esta *herramienta performativa* para adoptar esa reformulación de lo femenino.

En “Lecturas intelectuales o abstractas” desvelamos la causa por la que el texto intelectual o abstracto es el menos presente en estos personajes. Nos acercamos al intento de delimitación del discurso normativo en su incursión en el espacio público. A este respecto, destapamos los mecanismos desplegados para recluir a la mujer dentro de lo normativamente *femenino*.

Continuando en esta línea, el capítulo “Textos ficcionales” pretende desentrañar el motivo por el que la lectora se acerca principalmente a este género literario. Y, lo más relevante, cómo recibe el texto, se lo apropia, re-elaborando, como resultado, su propia identidad. Esto es, nos proponemos establecer los mecanismos que llegan a convertir a la lectura ficcional en un elemento imprescindible de construcción identitaria, partiendo de su *supuesta* concepción como mero entretenimiento.

De esta manera, llegamos a “La lectura religiosa”, capítulo en el que exponemos la transgresión lectora de la heroína ante el único tipo de lectura no solo permitida, sino deseada por la sociedad patriarcal. Si se utilizó la lectura religiosa como medio para modelar a la mujer en la forma en que el proyecto burgués liberal la deseaba, es decir, como madre y esposa, resulta entonces especialmente relevante la aproximación de la heroína lectora hacia lo normativo para ejercer su propia capacidad de autonomía. Por ende, concebimos el texto como una obra incompleta antes de la significación del lector.

Una vez realizado el pertinente análisis, finalizamos la investigación con una “Reflexión final”, en la que intentaremos, de alguna manera, resumir y encajar todas las piezas expuestas y analizadas anteriormente⁶.

6 No procedemos a realizar unas conclusiones generales, dado que hemos decidido realizar conclusiones parciales, pertinentes a cada capítulo. Por lo tanto, la tarea fundamental en esta parte es la de reflexionar acerca de todo el estudio anterior.

1. LA REVOLUCIÓN LECTORA

Los libros y la cultura escrita contribuyeron a demostrar a lo largo del siglo que era posible redefinir las relaciones con el poder, que la lectura abría la capacidad de crítica y de pensar, que una relación íntima y silenciosa con el libro permitía soñar y estimulaba el pensamiento, práctica que se sumó a la tradicional liturgia de la lectura colectiva de carácter sacro.
(Martínez Martín, 2001: 468-469)

1.1. El desarrollo de un nuevo hábito

El siglo XIX presencia uno de los procesos de cambio más acuciados en la historia en relación a la mujer y los libros. Sin embargo, no se trata aquí de resaltar únicamente el aumento del número de mujeres que aprenden a leer dado que, de una u otra manera, ya tenían acceso a la lectura a través de diversas vías.

El advenimiento de la imprenta con la consiguiente difusión de la cultura escrita parece marcar un decisivo punto de inflexión para la lectora. Si a esta nueva circunstancia le sumamos las propuestas educativas humanistas, entendemos la reiteración de la imagen de la mujer que lee “tanto en los tratados de formación como en la iconografía religiosa” (Luna, 1993: 76) en el siglo XVI. Pese a que, dado el alto índice de analfabetización de la época, no consideramos que una lectora extratextual pudiese existir mucho “más allá de los estrechos espacios cortesanos” o del “ámbito religioso [...] donde prosperó con mayor amplitud la cultura del libro entre las mujeres” (García González, 2006: 28)¹, lo cierto es que,

1 Pese a la lucha de la Contrarreforma contra la cultura escrita, parece ser que esta “no llegó a afectar a las estancias conventuales” (García González, 2006: 27). Es entonces cuando el convento aparece “como un espacio especialmente favorable al desarrollo intelectual de las mujeres, libres allí de las cargas domésticas y familiares que el hogar les imponía” (28).

Capítulo 1. La revolución lectora

como apunta Lola Luna, se hace factible la existencia de un mayor número de lectoras que trascendiesen el rol que se las pretendía asignar con el objetivo de “salvaguardar la costumbre, la tradición y el uso familiar” (Lyons, 2011: 394)². Consideramos la posibilidad de que los textos moralistas de la época hubiesen evitado la mención a una lectora real que transgrediese los códigos que el patriarcado quisiese establecer en una lectora modelo evitando, de esta manera, a “una lectora oculta de ficción” (Luna, 1993: 89):

Este modelo ideal de lectora, deducido de los roles asignados a las lectoras en estos textos, se nos presenta, dada la carencia de documentos fidedignos, como la «lectora de época». Es decir, y como nos había avisado Isern, la construcción de la «lectora» por los moralistas, ha sustituido a la lectora real, empírica de la época. (83)

Solo de esta manera podrían entenderse “las censuras de los moralistas” (90) en contra de aquellas mujeres que disfrutaban de la lectura de los textos ficcionales, como por ejemplo “la admonición de Chaide contra las «hilanderuelas», esas artesanas del hilar que tanto parecen gozar con la lectura de la *Diana*” (90)³. Asimismo, encontramos esta figura inserta como personaje en la misma obra literaria. La presencia de Dorotea en *El Quijote* parece marcar un punto de inicio para el nuevo tipo de lectoras que pueblan la novela realista y naturalista española: “Dorotea existe en su plenitud de personaje en cuanto lectora que ha ignorado los preceptos de los moralistas y ha vivido la ficción como realidad y la realidad como ficción gracias a las lecturas prohibidas” (88).

Además de este posible primer punto inicial, a través del período que transcurre entre el siglo XVI y el momento al que dedicamos nuestra atención, sobresale la importancia de la actividad lectora grupal y en voz alta, medio por el cual no resultaba imprescindible conocer los rudimentos básicos del alfabeto para poder acceder a los libros⁴. Recordemos a la analfabeta Fortunata deleitándose ante la lectura de *La dama de las camelias*.

2 Lola Luna (1993: 82) expone que los datos de alfabetización son escasos y no siempre fiables. Para hacernos una idea, cita a Chevalier, quien calcula que un 80% de la población no estaba alfabetizada. Asimismo, centrándonos únicamente en las mujeres, considera que “hay que diferenciar entre las que saben leer y las que saben escribir”. Sin embargo, dada la transcendencia de la transmisión escrita “la función social de la lectura [...] adquiriría un carácter esencial con el impacto de la imprenta, contribuyendo decisivamente a la formación de una comunidad interpretativa de lectoras” (83).

3 Las novelas de caballerías, que tanto embelesaban a Santa Teresa en su juventud, entusiasmaban a las lectoras y los lectores de la época de Felipe II. A este respecto, Chevalier (1976: 85) aporta datos sobre algunos ejemplos reales de mujeres que accedían a este tipo de lecturas: “Recordemos primero a la reina Isabel de Valois y a las damas que la sirven, las cuales compran o toman prestadas numerosas novelas de caballerías”.

4 Este tipo de lectura va a coexistir con los nuevos hábitos que presencia el siglo XIX: “ambas prácticas no eran excluyentes, ni se trató de un relevo, sino de prácticas compartidas durante mucho tiempo” (Martínez Martín, 2001: 467). En cuanto a la representación de los modos lectores en las obras literarias,

Aunque ciertamente y gracias a las iniciativas que pugnaron por una mayor formación femenina la tasa de mujeres alfabetizadas en el siglo XIX se acrecienta considerablemente, es “el desarrollo de un hábito silencioso e individual” (Lyons, 2011: 399) el que abre un nuevo horizonte de expectativas para la mujer⁵. Pese a que “desde el Romanticismo acontece una cierta promoción social de la mujer”, es en este momento cuando “la mujer burguesa se convierte en lectora” (Aranguen, 1974: 120).

Esta novedosa manera de relacionarse con el libro es percibida incluso en la estructura formal de los textos conllevando, asimismo, una mayor rapidez del ejercicio lector en el que se frecuenta una mayor variedad de textos, fruto de los consiguientes cambios en la oferta. Tal y como apunta Martínez Martín (2001: 467), incluso “la propia tipografía, tipos de letras, distribución de párrafos, cuerpitos..., y los formatos, se orientaron a la lectura en silencio y visual”, estableciendo, de esta manera “una relación directa entre el escritor y el lector sin la figura intermediaria”.

La lectura se convierte en el único espacio disponible para escapar de toda mediación autoritaria. Es una cita privada con su soledad, es el tiempo de no compartir, de no doblegarse ante nadie.

Durante toda su vida adulta, Colette buscará siempre ese espacio solitario para la lectura. Tanto en *ménage* como sola, en reducidos alojamientos o en grandes casas de campo, en habitaciones alquiladas o en amplios apartamentos parisinos, intentará reservarse (no siempre con éxito) una zona en la que solo admitirá las intrusiones que ella misma invite. (Manguel, 2005: 275; cursivas del texto)

Sandrine Aragon (2003: 669) —cuya tesis doctoral se ciñe a una lectora de textos ficcionales— observa que durante los siglos XVII y XVIII la figura de la mujer lectora está más relacionado con un modelo grupal, mientras que, en el siglo XIX, predomina una representación de la lectora solitaria: “Les images de lectures en groupe dominant jusqu’à la fin du XVII siècle, puis laissent place à une suprématie des lectures à deux durant tout le XVIII siècle, tandis que les lectures individuelles son majoritaires au XIX siècle”. Asimismo, parece descubrir una evolución en la naturaleza del personaje. La investigadora apunta que, durante el siglo XVII, “le personnage de la lectrice est majoritairement un personnage comique”. Esta visión cambia en el siglo XVIII, en tanto que predomina una lectora que es “séduisante, attirante dans les romans libertins, parfois trompeuse et ensorceleuse”. Finalmente, en el XIX, “la lectrice devient un personnage tragique” (670). Pese a este cambio, la investigadora considera que las diferentes representaciones mantienen una valoración negativa en cuanto a su rol como lectoras: “Toutefois, les images de ces deux périodes présentent toujours une vision très critique de la lecture féminine: précieuses ridicules, femmes savantes, filles perdues par les lectures romanesques...” (671).

5 Este hábito es mayoritariamente adoptado en núcleos urbanos, ya que en las zonas rurales no existía el mismo grado de aumento de la alfabetización.

1.2. El tiempo

La primera marca que se constituye como característica del nuevo marco sugerido es la frecuencia con que se recurre a él; la lectura aparece representada en las obras propuestas como un ejercicio rutinario cuya importancia se comprende por la continua repetición de los mismos modelos. De esta manera, para María Egipcíaca, la lectura en solitario es una de sus principales actividades todas las mañanas, empleando en ella toda su concentración (Pérez Galdós, 1996: 87).

Con la misma rutina, aparece la marquesa de Vegallana en *La Regenta*. Absolutamente embebida con las novelas, su lectura abarca la mayor parte del día; y es que “se levantaba a las doce, almorzaba, y hasta la hora de comer leía novelas o hacía crochet” (Clarín, 2011: 386-387) y, por la noche, “*Si no había teatro, y esto era muy frecuente en Vetusta, se quedaba en su gabinete donde recibía a los amigos y amigas que quisieran hablar de sus cosas, mientras ella leía*”. (387; cursivas del texto)

Es muy probable que esta reiteración se deba a la facilidad que otorga el libro a la heroína para asomarse al mundo, evitando así la univocidad de la visión restringida, parcelada y expuesta a la mediación interesada de la familia o el esposo. En el momento en que la heroína acude al texto, la lectura puede ser una aventura de indagación, de iniciación al descubrimiento de horizontes lejanos al espacio doméstico y, por lo tanto, una herramienta de excavación.

Teniendo en cuenta la costumbre del prototipo de hombre lector de leer en sociedad, reflexionando y debatiendo las ideas contenidas, podemos definir entonces la figura de la lectora como “una pionera de las modernas nociones de privacidad e intimidad” (Lyons, 2011: 400)⁶. En este encuentro, la mujer podía conectar consigo misma pudiendo encender, por consiguiente, la peligrosa llama de la autoconstrucción en uno de los momentos históricos en que más se palpa la presión e insistencia patriarcal sobre la generación de identidades interesadas⁷. A este respecto, se presenta especialmente interesante la reflexión que realiza Manguel (2005: 110) acerca de esta lectura en solitario. Considera que un “libro que puede leerse en privado, sobre el que se reflexiona a medida que el ojo desentraña el sentido de las palabras, ya no está sujeto a una inmediata aclaración o asesoramiento, ni a la condena o censura por parte de un oyente”.

6 Incluso la modélica lectora Irene manifiesta una predilección por la soledad, por el diálogo consigo misma: “-... Yo he sido siempre muy metida en mí misma, amigo Manso. Así es que no se me conoce bien lo que pienso. ¡Me gusta tanto estar yo a solas conmigo, pensando en mis cosas, sin que nadie se entrometa a averiguar lo que anda por mi cabeza...!” (Pérez Galdós, 1999: 285).

7 La lectura representa un problema en relación a la identidad buscada y la identidad impuesta: “Y así, como hemos anticipado, la cuestión que se plantea no es la de la lectura de mujer, sino la del canon y su adecuación. Había que apartar de Armanda la «mala» literatura, las lecturas triviales y presuntuosas que atentaban contra el modelo de vida de quien debía prepararse para ser, como su madre, «ángel del hogar»” (Pardo Bazán, 2011: 21-22).

1.3. El espacio

Otra de las características que percibimos en estas representaciones acerca del nuevo modo lector de la mujer es la importancia decisiva del lugar en que libro y lector se funden; posibilidad que puede comprenderse si atendemos a que “es posible transformar un lugar leyendo en él” (278)⁸. A este respecto, nos interesa traer a esta investigación las percepciones que manifiesta Calafell I Obiol (2008: 220) acerca de Barcelona; ideas que son perfectamente extrapolables en relación al espacio que habita la lectora:

Barcelona és la Barcelona que sentim i inventem, la que es construeix –i deconstrueix– amb el relat, pensant-la, somiant-la. Però la ciutat, com a espai on es constitueix la identitat, no és sempre la mateixa, no és mai idèntica, de la mateixa manera que no sóc idèntica a mi mateixa. La ciutat canvia amb i en mi; no som d’una ciutat sinó que són amb ella. Hi ha tantes Barcelones com cossos possibles (i impossibles).

Como explica Zubiaurre (2000: 407), “El espacio puede perfectamente crearlo el propio personaje y es éste muchas veces el encargado de introducir de forma plausible nuevos panoramas y de clausurar o, al menos, suspender temporalmente escenarios caducos”.

Unos años más tarde de la época propuesta en esta investigación, a principios del siglo XX, Virginia Woolf (2012: 71) pondrá de manifiesto la necesidad de poseer un espacio propio explicando, a su vez, una de las causas por las cuales la imagen de la mujer lectora suele corresponderse con la realidad de la mujer burguesa o adinerada: “era impensable tener una habitación propia hasta el comienzo del siglo XIX, y mucho menos un espacio tranquilo o a prueba de ruidos, a menos que los padres fueran excepcionalmente ricos o muy nobles”.

Ana Ozores conduce al lector a unos espacios íntimos, personales, donde disfruta de la lectura de aquellos libros que podemos encuadrar en su mundo interior: “asomarse al mundo, verlo desde dentro, desde la domesticidad [...] en la privacidad” (Patiño Eirín, 2005: 294). Es decir, podemos observar la importancia de una doble presencia espacial en las heroínas. Por un lado, los espacios en los que se sitúan físicamente y, por otro, aquellos personalmente generados. Por lo tanto, no se trata de categorías imposibles de cohabitar simultáneamente. Siguiendo a Bobes Naves (1984: 52), comprendemos que el narrador o los mismos personajes “crean nuevos espacios que sobrepasan el espacio físico y el espacio social en que se encuadran”. Mediante “el sueño, la literatura, la ambición, el sentimiento

8 Véase un estudio más extenso acerca de la relación entre espacio y lectura femenina en: García Suárez, P. (2016). “La importancia del espacio en torno a la imagen de la mujer lectora en la novela realista y naturalista española”. En R. Hernández Arias, G. Rivera Rodríguez, S. Cuba López y D. Pérez Álvarez (Eds.). *Nuevas perspectivas literarias y culturales (I CIJIELC)*. Vigo: MACC-ELICIN.

Capítulo 1. La revolución lectora

religioso, etc., abren nuevos horizontes a su propio espacio para evadirse de las servidumbres que su situación familiar, profesional, o social les impone”.

En cuanto a los lugares habitables corporalmente, son exactamente dos en los que el ritual es llevado a cabo: su lecho y el cenador, que se ubica dentro de la huerta. El cenador va a estar relacionado con la lectura de *San Agustín* y va a ser un lugar descrito como un entorno de tranquilidad y belleza. Por un lado, “las sombras de las hojuelas de la bóveda verde jugueteaban sobre las hojas del libro, blancas y negras y brillantes” y, por el otro, incluso puede deleitarse mediante el oído, ya que “se oía cerca, detrás, el murmullo discreto y fresco del agua de una acequia que corría despacio calentándose al sol” (Clarín, 2011: 265).

Este entorno, a la vez interior y exterior al espacio doméstico, es concebido de diferentes maneras en función del sexo del personaje. Tomando como referencia el estudio de María Teresa Zubiaurre (2000: 153) acerca del espacio en la novela realista, comprendemos que el jardín se convierte “en esperanzadora promesa de libertad cuando es descrito a través de la mirada femenina” y, por ello, parece fuertemente asociado al interior de Ana Ozores; tan ligado a ella que “para el Magistral, el jardín de la Regenta es un lugar privado, y por ello mismo de ansiado y difícil acceso, continuación, sin duda, de la casa y de la alcoba y aun de la fisiología y psicología femeninas” (152).

Respecto al lecho, va a estar asociado a la lectura de *Santa Teresa* y, de esta manera, vamos a descubrirla leyendo “antes de dejar el lecho, cuando comienzan a permitirle otra vez incorporarse entre almohadones” (Clarín, 2009: 206) o, de nuevo, “en su lecho, a escondidas de don Víctor” (252). Asimismo, pese a la construcción de este espacio como refugio, Pelegrín (1988: 278) percibe como su organización interna únicamente se define “en relación con una simbólica individualista, personal”.

El lecho como lugar propicio a la intimidad entre libro y lectora se vuelve a hacer patente en la marquesa de Vegallana. Para la heroína, este acto es una actividad muy íntima y personal que le permite sentirse bondadosa. Consigue emocionarse con los personajes, compadecerles. Uno de sus mayores placeres es el de resguardarse en su lecho leyendo en los días de lluvia (Clarín, 2009: 153)⁹.

Esta heroína secundaria de *La Regenta* enmarca el ejercicio lector en dos espacios aparentemente contradictorios entre sí. Y es que, además del lecho, el gabinete también es utilizado para leer. Sin embargo, esta última ubicación conlleva una puesta en escena diferente, dado que en él intervienen más actores. Pese a no hallarnos ante una lectura grupal, la marquesa disfruta de su mayor placer en compañía de sus amistades.

9 Nos interesa extrapolar aquí las reflexiones de Ricardo Piglia (2005: 26) en relación a la imagen de un lector abstraído: “Hay siempre algo inquietante, a la vez extraño y familiar, en la imagen abstraída de alguien que lee, una misteriosa intensidad que la literatura ha fijado muchas veces. El sujeto se ha aislado, parece cortado de lo real”